

DOMINGO XXVII DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo C)

Las lecturas de hoy nos hablan de la fe vivida como confianza.

En la primera lectura, Dios responde a través del profeta al clamor del hombre justo que se siente asediado por todas partes y que cree que no podrá resistir. A veces parece como si Dios no escuchara. Es el misterioso silencio de Dios. San Juan de la Cruz denomina a esta situación «noche oscura». En ese momento hay personas que sienten ganas de abandonarlo todo: la oración, la vida matrimonial, el apostolado, la consagración religiosa, el ministerio sacerdotal... Es, sin embargo, un momento de purificación, en el cual nuestra fe va siendo acrisolada. De ahí la exhortación de san Pablo: «Aviva el fuego de la gracia de Dios».

A veces, de la hoguera de amor que había en nuestro corazón no quedan más que unas brasas casi apagadas. Entonces el justo ha de vivir de la fe, soplando sobre ese rescoldo para que se reavive el fuego. Es el momento de la oscuridad y de la prueba. Pero, como dice el apóstol, se trata de un tesoro que hay que guardar con la ayuda del Espíritu Santo que habita en nosotros.

Aunque parezca que todo se hunde, nada escapa a la previsión de Dios. De ahí que se nos diga: «Si tarda, espera, porque ha de llegar sin retrasarse». Muchas veces nosotros anteponeamos nuestros tiempos y horarios al tiempo de Dios. Eso genera inquietud y desasosiego: una gran intranquilidad del alma. Por eso hay que rezar como los apóstoles: «Aumentanos la fe».

Jesús responde a esa petición con el ejemplo del buen servidor, que cuando ha hecho todo lo que le han mandado sólo puede decir: «Soy un pobre siervo, he hecho lo que tenía que hacer». Con estas palabras está exhortando a que nos fiemos de Dios en toda situación y a que le reconozcamos como verdadero Señor de la historia. La fe es también colaborar en la acción de Dios dejando que Él indique el camino y marque los tiempos. Cuando se penetra en esa verdad profunda, nuestra vida se vuelve más sosegada y productiva.

Muchas veces hemos admirado lo mucho que trabajaron los santos y, sin embargo, siempre se les ve apacibles y sin prisa. Hacen lo que tienen que hacer y con una fe que, verdaderamente, mueve montañas. Cuando miramos los kilómetros que recorrió Francisco Javier, o las voluminosas obras que redactó Tomás de Aquino, o las multitudes que atendió Teresa de Calcuta, podemos preguntarnos: «¿De dónde sacaron tiempo? ¿Cuál era su fuerza? ¿Cómo vencieron las dificultades y superaron los obstáculos?». La respuesta es sencilla, tenían fe como un grano de mostaza, que es capaz de decirle a una morera: «Arráncate de raíz y plántate en el mar». El ejemplo que Jesús pone es sólo una exhibición, pero la obra manifestada en esos santos es algo mucho más grande. La fe nos lleva a ponernos totalmente en manos de Dios para que su plan salvífico salga adelante. Por eso, en las contrariedades no desfallecemos y podemos rezar con el salmo: «Porque él es nuestro Dios, y nosotros su pueblo, el rebaño que él guía».

Pidamos a la Virgen que el Espíritu Santo nos dé confianza, docilidad y paz.